

errores necesarios; porque en materia de invenciones necesarias, no hay más que verdades. Necesarias ¿para qué? Para satisfacer cada vez mejor, en una escala social cada vez más vasta, esta imperiosa necesidad de certidumbre y de seguridad que es el fin común de la religión y de la razón (1).

SECCIÓN IV

EL RAZONAMIENTO DE JUSTIFICACIÓN

Seré muy breve acerca de esta forma de razonamiento, la más sencilla, la más infantil, la más vulgar de todas. Es bien conocida, aun cuando la lógica de los sentimientos esté poco explorada. Su nombre es antiguo, puesto que generalmente se atribuye á Malebranche. Sin embargo, merece una mención, aun cuando sólo fuera para distinguirla del razonamiento compuesto ó alegato, que será estudiado más adelante y que es muy diferente.

Su carácter esencial es el ser engendrado por una creencia firme y sincera que rehusa ser perturbada y aspira al reposo. El razonamiento de justificación es claramente teleológico. Á pesar de algunas apariencias de racionalismo, pertenece al tipo afectivo puro, manifestándose en su mayor pobreza. Siendo la

(1) Tarde, *Logique sociale*, pág. 271 (Paris, F. Alcan).

creencia ciega (cualquiera que sea su objeto) la afirmación del individuo en su deseo y su sentir más íntimos, arraiga en el fondo mismo de su ser. Es, en último análisis, *una manifestación parcial del instinto de conservación*: de aquí su tenacidad. Pero por inquebrantable que parezca la duda aparece, á lo menos por instantes. Le sigue una ruptura de equilibrio mental que pide un remedio. Este es el razonamiento de justificación.

El que tiene fé ardiente en un individuo, en un régimen político, en una forma de gobierno, no confiesa nunca su incapacidad, no se inclina ante un fracaso, sino que busca por fuera apariencias de razones. La caída del imperio romano bajo el impulso de los bárbaros, era atribuída por los paganos al abandono de los antiguos dioses, por los cristianos, á un castigo providencial del paganismo. Esta tesis está en San Agustín, Salviano, y por otra parte, en los historiadores politeistas, contemporáneos suyos.

En la moral práctica, el razonamiento justificativo es de un uso diario. En la moral teórica, la que los moralistas construyen laboriosamente, el procedimiento es más sabio, más sistemático; pero en el fondo hay una tendencia predominante, una preferencia individual, una subjetividad que disimulada bajo este aparato lógico, guía á un fin establecido de antemano. Como hace observar Balfour (1), en las

(1) *Les bases de la croyance*, trad. franc. pág. 157.

discusiones de la moral hay una diversidad extrema en las premisas, una uniformidad extraña en las conclusiones. ¿Por qué? Porque las conclusiones estaban fijadas desde el principio y el fin establecido antes de que el viajero se ponga en camino. «Los constructores de moral son abogados que se conceden entera libertad acerca de las premisas, no sobre las conclusiones».

En todas las religiones, la lógica justificativa se desarrolla de modo abundante. Los verdaderos creyentes no están embarazados nunca por las desgracias individuales ó colectivas de las gentes piadosas; la catástrofe de un tren de peregrinos, el fracaso de una guerra santa, el milagro negado á las más ardientes y más legítimas oraciones, el infortunio encarnizándose en un justo, etc. Sin inquietarse por una doble falta de lógica, declaran que los caminos de la Providencia son impenetrables, pero tratan de justificarlos.

Muchos enfermos razonan del mismo modo con respecto á su médico ó los remedios, porque su psicología es idéntica á la de los devotos, y encuentran siempre algún pretexto que á sus ojos explique el resultado negativo.

No he hablado más que del hombre normal. En ciertos enajenados (delirio persecutorio, melancolía, etc.), el razonamiento de justificación está sin cesar en acción, y no es sensiblemente más débil que entre las gentes razonables, «porque todo estado

emocional tiene una ceguera y una insensibilidad naturales para todos los hechos que á él se oponen (James, *op. cit.*, pág. 88).

Estando este trabajo consagrado al razonamiento afectivo, no insistiré acerca de los casos en que una creencia, una opinión, un prejuicio nacido del carácter ó de la educación, obran inconscientemente sobre las explicaciones y las teorías que aspiran sinceramente á la objetividad científica. Nada más frecuente en los historiadores, los teólogos y aun los filósofos, «que aparentan haber descubierto su opinión por el desarrollo espontáneo de una dialéctica fría, pura, divinamente despreocupada; en tanto que en el fondo una tesis anticipada, una sugestión, las más de las veces un anhelo del corazón, abstracto y pasado por el tamiz, es defendido por ellos, apoyado en motivos laboriosamente buscados». Notemos que el autor de este pasaje, Nietzsche (*Más allá del bien y del mal*, cap. I), que arremete contra la picardía del viejo Kant, atrayéndonos á los caminos apartados de la dialéctica que conducen á su imperativo categórico, es á su vez un ejemplo muy hermoso de la falta de crítica.

En todos los casos de este género, la forma es la de la lógica racional. La estructura del razonamiento es firme, sin lagunas, irreprochable; pero es un estado de alma extra-racional el que tiene la iniciativa y la alta dirección. Lo que parece demostración es sólo *justificación*. La lógica de la razón parece dueña; en

realidad, es sirviente. Nos engañamos en esto, porque el edificio lógico, construído por obreros hábiles y sutiles, no tiene las apariencias ingenuas del razonamiento afectivo en que el desenlace es conocido de antemano.

II.—Al lado de esta forma de razonamiento, cuyo valor objetivo es tan escaso, hay que mencionar otra que yo llamo *razonamiento de consuelo*. Ha nacido de la necesidad de encontrar un remedio al dolor moral. Si se excluye á los pesimistas que no quieren consuelos, á los estóicos que los desdeñan, á los espíritus lúcidos que ven su inconsistencia, el resto de la humanidad es muy accesible á esta apariencia de razonamiento y se presta gustoso á la ilusión que proporciona.

Todas las desgracias de la existencia: ruina, decadencia, enfermedad, separación por la muerte, son para el paciente una disminución de vida, una amonización sentida de su personalidad. La tendencia á ser y á ser mejor, la «voluntad de potencia», más simplemente, el instinto fundamental de conservación, es atacado, estorbado, herido. El razonamiento de consuelo es un esfuerzo para restituir, por medios artificiales, la cantidad de vida y de energía perdidas. Nazca en nosotros espontáneamente ó lo aceptemos de los demás, mira siempre al mismo fin, y consiste en *dar valor* á estados pasados ó futuros propios para compensar el presente; porque no es posible

buscarlo en otra parte más que en los recuerdos agradables de un tiempo trascurrido ó en esta construcción imaginaria, proyectada en el porvenir, que se llama la esperanza.

El «Consuelo» ha sido un género literario floreciente en la antigüedad (véase Séneca), en la gran época de los retóricos, esos obreros inconscientes de la lógica emocional. Si en nuestros días está fuera de uso, el remedio de razonamiento que le constituye permanece vivo en todas las formas de condolencia diaria, en cuanto tratan de ser algo más que una fórmula seca y trivial.

SECCIÓN V

Nos acercamos á la lógica racional sin entrar en ella, porque no admite compromiso, y la mezcla de elementos afectivos imprime un sello de exclusión al razonamiento que llamamos mixto ó compuesto. Este término parece apropiado; deja entender que esta forma de razonamiento exige: un encadenamiento racional, que es su esqueleto; el empleo de las emociones como medio de obrar y como procedimiento de argumentación. Se le podría llamar también razonamiento afectivo reflexivo, y en algunos casos, razonamiento artificial, porque siendo consciente, vo-

luntario, calculado, se opone al razonamiento afectivo espontáneo. Más simplemente puede decirse que es un *alegato*. El razonamiento mixto varía en función de la cantidad de lógica afectiva y de lógica racional que contiene.

Anteriormente hemos hecho notar que la lógica racional trabaja tan pronto en descubrir como en demostrar. En el primer caso persigue la solución de un problema. Aun cuando el resultado sea muchas veces presentido, sospechado, permanece conjetural en tanto que no se ha agotado la serie de los términos medios que imponen la conclusión. En el segundo caso, se establece una afirmación á título de hipótesis: la obra de la demostración consiste en hacerla válida por un encadenamiento riguroso de razones (1).

La lógica de los sentimientos, también, se asienta en estas dos direcciones: tan pronto se ensaya en descubrir, como hemos visto al estudiar el razonamiento imaginativo; tan pronto simula la demostración, como la defensa. Pero entre la demostración y el alegato la diferencia es fundamental.

La demostración marcha hacia su término con un

(1) Notemos que la diferencia entre los dos procedimientos es un poco superficial. Los teoremas de la geometría, los principios de la física, actualmente materia de demostración, han sido originariamente resultado de una marcha hacia lo desconocido. Por el contrario, en ciertos casos, por necesidades didácticas ó de otro género, se supone el problema resuelto. Entonces la marcha lógica toma la forma de una demostración, siendo en el fondo un procedimiento de investigación.

paso metódico y seguro. No tiene más que un objeto, la verdad. No se dirige más que al hombre intelectual. Es de naturaleza especulativa. La conclusión obtenida regularmente, no se inquieta por las consecuencias prácticas.

El alegato marcha de modo enteramente distinto. La conclusión está determinada de antemano. Proporcionar pruebas es para él una labor secundaria, en el fondo un simple medio. No tiene más que un objeto: persuadir, arrastrar, hacer obrar; no tiene más que preocupaciones prácticas. Se dirige al hombre total, principalmente á sus sentimientos, á sus tendencias, á su voluntad, para dominarlas subyugarlas. El razonamiento compuesto es un arma de combate. Se dirige á veces á nosotros mismos, con la mayor frecuencia á los demás: su uso es raramente individual, casi siempre social. Se encuentra en todas partes:

En las discusiones morales, políticas, religiosas, sociales, estéticas; el tribuno que levanta las masas, el predicador que enardece el celo de los creyentes, el abogado en las causas criminales, la propaganda moral, literaria, artística y aun científica de los coniferentes, etc.

En las novelas y composiciones dramáticas de *tesis*, que no difieren del alegato propiamente dicho, sino por una adaptación á la lectura ó á la escena, por una sustitución de la escritura á la palabra.

En la vida ordinaria, las discusiones en favor de

una opinión, de un negocio que intentar, de un matrimonio que concertar, de un viaje que emprender, etcétera.

Todos los modos de aplicación de este procedimiento de razonamiento son reductibles á dos principales, abandonando los matices:

Está uno convencido de la legitimidad de su tesis. En este caso, admitido el punto de partida, se es capaz de formar su alegato conforme á las reglas de la lógica racional, y el razonamiento mixto se aproxima á la demostración por una dialéctica correcta, una argumentación rigurosa, á veces por el abuso de las divisiones y subdivisiones (en la elocuencia política Demóstenes, en la elocuencia sagrada Bourdaloue). No hay empleo de los «valores», es decir, de los elementos afectivos, sino en tanto es necesario para conmover y triunfar.

Se está poco ó nada convencido de la legitimidad de su tesis.—En este caso (un abogado defendiendo una causa que sabe es mala) el elemento racional depende más bien de la sofística (1). La construcción intelectual es frágil y llena de agujeros, y la lógica de los sentimientos se atribuye por fuerza la parte del león.

Resulta de las observaciones anteriores que el tipo

(1) Las diferencias y las semejanzas entre la lógica afectiva y los sofismas reconocidos y clasificados por la lógica racional, exigirían un estudio demasiado largo para este capítulo. Encontrará su puesto en la conclusión.

del razonamiento mixto se encuentra en la elocuencia verdadera, la cual es mejor que una charla elegante y vacía. No tengo que enseñar al lector lo que es la elocuencia, sino que mostrar que sus condiciones psicológicas son las del modo de razonamiento que nos ocupa. Cicerón da de ella una definición muy adecuada á nuestro objeto: «Es un estado de emoción continua» (1). Es natural al hombre: aun entre los salvajes, hay gentes elocuentes, que en un idioma pobre, ayudados de las entonaciones y de los gestos, saben convencer y arrastrar á sus congéneres. Es una de las manifestaciones de esta lógica primitiva, *indiferenciada*, de que hemos hablado, en que los elementos racionales y afectivos estrechamente entrelazados concurren al mismo fin; y si existe y obra también entre los pueblos civilizados, no es á título de supervivencia, sino porque nada puede reemplazarla. Para que desapareciera, sería preciso que todo fuera demostrable, ó que la naturaleza humana fuera totalmente cambiada. Por sí sola es una *prueba de hecho* de la *necesidad* para el hombre de una lógica emocional.

Luego, después de siglos—no muy tarde sin embargo, como nos lo hace ver la historia—han venido los retóricos que han trabajado sobre la materia oratoria, como los gramáticos sobre la materia lingüística, han sacado de ella preceptos y reglas y com-

1) Quid aliud est eloquentia nisi motus animi continuus? (*Orator*).

puesto tratados del perfecto orador. Su objeto era únicamente práctico, didáctico. Lo hayan conseguido ó no, poco nos importa; pero es cierto que han hecho, sin quererlo ni saberlo, un primer ensayo de una lógica de los sentimientos, restringido á un caso particular. Podemos convencernos de ello por el exámen de algunos pormenores.

Primeramente, la preocupación exclusiva, obsesiva, del éxito que hay que conquistar por todos los medios posibles, principalmente por la acción de las sacudidas emocionales. «Para el orador, el hombre es un ser puesto en movimiento por la imaginación y la pasión». «La elocuencia se juzga por el éxito, es decir, por el efecto producido, y no se influye en los hombres sino por las pasiones». «No se trata de ilustrar, sino de arrastrar, de convertir, hay que mover el corazón, conmover la imaginación, subyugar la voluntad». Tales son los preceptos generales que acuden hasta la saciedad en los tratados de retórica de mayor fama.

Luego, existen los procedimientos, las fórmulas obtenidas de la observación para reproducir ó imitar lo que los grandes oradores han encontrado espontáneamente y cuya eficacia ha demostrado la experiencia.

En cuanto al fondo, es la lógica racional la que proporciona las reglas. El orden y la disposición de los argumentos por vía de acumulación ó de gradación, está fundado en razones reflexivas. Este punto

ha sido tratado con los pormenores necesarios (en el anterior capítulo) y no vuelvo á él.

En cuanto á la forma, los procedimientos están casi siempre tomados de la lógica afectiva. Las «costumbres oratorias», á que los retóricos dan tanta importancia, significan, en nuestro lenguaje, el conocimiento, y sobre todo, el manejo psicológico del oyente. Se trata menos de su nivel intelectual que de su carácter, sus tendencias, sus gustos, sus simpatías y antipatías. Esta adaptación psicológica consiste en la elección de los *valores* que hay que rechazar, aplicar, poner de relieve; lo cual es el fondo mismo de la lógica afectiva.

Si se pasa del interior al exterior, á las formas de lenguaje que traducen las ideas y los sentimientos, el distintivo de la elocuencia es la aplicación del estilo *figurado*, obra de la imaginación y de la emoción, como tal excluída de la demostración racional: comparaciones, metáforas, prosopopeya, hipérbole, ironía ó broma, insinuaciones, exclamaciones, apóstrofes, interrogación que lanza al vacío, etc.; estos medios y otros, cualquiera que sea su valor literario, expresan menos estados intelectuales que de sentimiento; su fuerza está en el factor afectivo que contienen; obran, no por pruebas, sino por sugerencias.

Finalmente, existe la acción de los gestos, del caudal oratorio, de la voz. Esta elocuencia del cuerpo, de un poder tan grande como efímero (lo cual ha dicho decir erróneamente que el orador muere

por entero), es un elemento de la lógica emocional, puesto que la emoción fuerte y su expresión fisiológica son inseparables. En las asambleas religiosas (misiones, *revivals*), las conversiones bruscas, los terrores, los sollozos, los gritos; en las asambleas políticas ó populares, las seducciones irresistibles; estos hechos y bastantes otros muestran que la acción en el orador es un modo de prueba y reemplaza á veces una demostración (1).

Resta señalar un carácter que distingue el razonamiento mixto entre todas las formas de la lógica de los sentimientos, quizás porque está más fuertemente marcado de racionalidad. El razonamiento pasional, de justificación, de consuelo, de conjetura imaginativa, el que produce conversiones y transformaciones, tiene un sello puramente individual ó no exceden al individuo, sino raramente y por accidente. El carácter extra-individual, *social* del razonamiento mixto, es evidente, puesto que se propone obrar sobre los demás hombres. «En apariencia, dice Tarde, nada más contrario á la lógica que la retórica. No es la retórica esencialmente el arte de los cambios ilógicos de la creencia y del deseo? Sí, en el sentido individual de la palabra lógica. Pero en

(1) Hay que reconocer que, en este caso, la lógica de los sentimientos se acerca mucho á la lógica instintiva, orgánica, más bien que á la psíquica. Pero recuerdo que, sin aparato oratorio, sin palabras, puede imponer una conclusión. He dado ya ejemplos de ello.

el sentido social, es el instrumento lógico por excelencia, el procedimiento más poderoso de difusión imitativa de las ideas y de equilibración ascendente de las creencias. Aquellos á quienes la retórica persuade bajo la forma del libro, del periódico ó del discurso, tienen necesidad de ser persuadidos, y son casi siempre incapaces de convencerse por sí mismos. Un pasaje de Maudsley es bien adecuado para mostrarnos la lógica individual reducida á sus únicos recursos: «Hay personas, dice, que tienen la costumbre de pesar sus razones tan minuciosamente (es decir, de conformarse con tanta exactitud á las reglas de la lógica individual), que toman difícilmente una resolución y se les ayuda grandemente si simplemente se les repite en tono de confianza las razones que les hacen inclinar de un lado. Estas personas se sienten aliviadas, aun cuando en el fondo puedan no tener estimación alguna con respecto al juicio del que les ha aconsejado». Esta acción prestigiosa de un individuo sobre otro, se produce, como se ve, con violación de todas las leyes de la lógica individual, aisladamente considerada (1).

Es necesario precisar más, porque la acción social del razonamiento se manifiesta de varios modos. El alegato—no se trata más que de él,—es una forma franca ó disimulada, violenta ó mitigada del *combate*. Busca el éxito, la victoria, el triunfo, y como en la

(1) *Lógica sociale*, pág. 76 (París, F. Alcan).

guerra, todo es bueno, hasta la estratagema. Esto es verdad en las discusiones familiares como en los más elevados debates. Es que tiene su origen, no en el egoísmo puro, sino en la tendencia del yo á la expansión, á la afirmación de sí mismo, y si puede, á la dominación. Se está convencido, siendo la creencia la expresión de nuestros deseos ó repulsiones internas, se defiende la causa propia. Se está poco ó nada convencido de la tesis que se sostiene; al adoptarla se la hace suya y se defiende por amor propio. Los dos casos imponen la misma actitud.

Pero sólo las grandes convicciones crean la lógica afectiva y con ella la dirección de los espíritus: Savonarola arrastrando á los florentinos al sacrificio de sus alhajas, de sus vestidos de lujo, y al pintor Bartolomeo della Porta á quemar por sí mismo sus cuadros. En tales obras, no basta una simple orden; para que el imperativo sea obedecido, es necesaria una acumulación de *razones que muevan* que son los términos medios preparativos de la conclusión.

Después de haber estudiado separadamente las principales formas del razonamiento afectivo y mostrado, de hecho, que una clasificación clara, precisa, completa, es imposible, que sólo es posible una aproximación; entonces se puede, desde un punto de vista más general, intentar una reducción de estas formas según sus orígenes.

Hagamos caso omiso de su materia, de su contenido, de la disposición lógica propia de cada una, de

su fin particular, para no considerar más que la parte contributiva al fin general del individuo.

La lógica racional ha nacido de la necesidad de adaptarse, mediante el conocimiento, al medio exterior, á sus propiedades y á sus atributos. Esta necesidad, primeramente práctica, ha llegado á ser con el tiempo especulativa y práctica, según los casos. Las formas de la lógica de los sentimientos han nacido también de necesidades, y aun más imperiosamente, puesto que permanecen siempre prácticas, teleológicas, y este carácter es, para ellas, inalienable. Ahora bien, si se las acerca y se las compara para tratar de descubrir sus afinidades originales, se ve que se dejan reducir á dos tipos, según que son útiles para la *conservación* ó para la *expansión* del individuo.

La tendencia á conservarse (negativa en cierto sentido), se traduce por actos de defensa, medio preventivo contra la disminución, la aminoración; ó bien, si el mal está hecho, por la aplicación de remedios propios para reparar, compensar las pérdidas, realizar todo lo posible una *restitutio ad integrum*. Á este tipo pertenecen: las formas pasivas del razonamiento pasional, de que la timidez ha servido como ejemplo; los razonamientos de justificación y de consuelo que son, el uno, un apoyo defensivo contra la conmoción de una creencia, el otro, un esfuerzo para recobrar el estado anterior.

La tendencia á la expansión (más bien positiva) bajo una forma pacífica ó belicosa, tiene siempre un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

aumento de ser y de fuerza. Tal es al menos la ilusión del individuo, y en la esfera enteramente subjetiva de los sentimientos, ilusión y realidad valen lo mismo. Á este tipo pertenecen los modos de razonamiento que tienen por fin un ideal: como las formas activas del razonamiento pasional (ejemplo: el amor), el trabajo latente que produce las conversiones y las transformaciones; el esfuerzo imaginativo para adivinar el porvenir; finalmente los numerosos matices del alegato.

Las múltiples manifestaciones de la lógica de los sentimientos son de este modo reducidas á dos tendencias fundamentales de la vida afectiva, íntimamente enlazadas en los animales superiores: la conservación, el desarrollo.

CAPÍTULO IV

La imaginación creadora afectiva.

I.

Hemos hecho resaltar con insistencia el carácter fundamentalmente práctico de la lógica de los sentimientos. Un caso constituye excepción: cuando se pone al servicio de la creación estética. Pero entonces se aminora, se atenúa, se desnaturaliza y llega á ser un simple hilo conductor que la acerca á la asociación pura. Sin embargo, queda distinta de ella, porque por poco ordenada que sea su manera de ser, tiene siempre un objeto que impone un cierto orden.

Es probable que haya un razonamiento cualquiera incluído en la génesis de toda creación.

Para sostenerlo sin reservas, como se ha hecho, no es necesario recurrir á la tesis radical que sostiene que toda forma de actividad mental es reductible á un razonamiento, ni de admitir con ciertos autores que el trabajo de la imaginación, notablemente el